

LAS **CRÓNICAS** DEL
VIAJANTE

EL PASAJERO 19



CARLOS VILA SEXTO

Viaje inaugural de El Tren del Norte, un Orient Express de nuestros días, hecho realidad por Ismael Docampo. El tren recorre la costa norte de España bajo los embates de Hortensia, un huracán de gran intensidad.

Un hombre despierta en un compartimento del tren. No recuerda qué hace allí, ni siquiera recuerda su nombre. Solo dos cosas pueden darle alguna pista sobre su identidad: el tatuaje de un ángel en lucha contra un demonio que lleva en sus antebrazos y el cadáver de una mujer en el lavabo del compartimento.

Todos los indicios apuntan a él como asesino, pero él ni siquiera recuerda quién es ella y menos todavía los motivos por los que podría haber llevado a cometer el crimen.

Asustado, decide abandonar el tren, pero la fatalidad le obliga a permanecer a bordo hasta el final del viaje, o hasta resolver el enigma.

¿Alguien le ha tendido una trampa o él es el asesino?

Durante el trayecto conoce a otros ocupantes del tren. Algunos, como Alba, la hija de Docampo, se pondrán de su parte. La mayoría, en cambio, se empeñará en darle caza.

Solo el Pasajero 19 conoce todas las respuestas.

Se trata de un apasionante *thriller*, con un marcado carácter cinematográfico. Ritmo vertiginoso y una trama llena de emociones y suspense conseguidas gracias al espacio cerrado del tren (efecto pecera). El final es además sorprendente.

A Laura.

*Por empezar conmigo el viaje una noche de
diciembre.*



|

Hasta cinco minutos después de despertar, no vio el cadáver de la joven.

Porque al principio, cuando abrió los ojos, le parecía seguir soñando. En su sueño, se había visto a sí mismo reflejado en un gran espejo, en mitad de una habitación enorme y antigua, decorada con solemnidad y cierto aire lúgubre. Él se acercaba al espejo, tocaba el cristal y, al apoyar la mano sobre su reflejo, este la retiraba con rapidez, como si tuviera conciencia propia.

Fue entonces cuando despertó de golpe, con un terrible dolor de cabeza. Miró hacia un lado. Su rostro le devolvía la mirada desde el cristal de la ventanilla. Con el corazón palpitando con fuerza en su pecho y su piel húmeda por el sudor, tardó varios segundos en recomponerse y cobrar consciencia de dónde estaba.

El continuo traqueteo no le ayudaba precisamente a situarse, ya que hacía que la realidad en la que acababa de despertar pareciera una prolongación del sueño.

Miró a su alrededor. Estaba en un pequeño cuarto, sentado sobre una amplia cama, mirando su propio reflejo en un cristal que apenas dejaba ver lo que había al otro lado. La habitación era muy elegante, con las paredes revestidas en madera y una moqueta roja que hacía juego con

las cortinas de terciopelo que enmarcaban la pequeña ventana. Se levantó un tanto mareado y se acercó a ella. El paisaje, castigado por la lluvia y difuminado por una espesa niebla, pasaba frente a sus ojos a toda velocidad.

Se encontraba en un tren. ¿Pero cómo había llegado allí? Se sorprendió al hacerse la pregunta. No recordaba haber entrado en el compartimento, pero tampoco haber llegado a ninguna estación ni subirse a un tren. Se pasó la mano izquierda por la cara, intentando despejarse. Al hacerlo, reparó en que la llevaba envuelta en un pañuelo blanco a modo de venda, teñido de rojo. Lo aflojó y vio la carne abierta, todavía sangrando. El corte parecía profundo y se lo había hecho hacía muy poco. Segundos tal vez. ¿Se lo habría hecho él mismo o habría sido un accidente?

Y fue entonces, al intentar encontrar la respuesta, cuando descubrió con angustia que no recordaba absolutamente nada.

Pero eso no era posible. Algo tendría que recordar. Alguna imagen, tal vez del trayecto hasta la estación... o una conversación. Con alguien tendría que haber hablado de aquel viaje en tren. Tal vez se lo comentara a...

«¿A quién?». A su mente no acudía el rostro de ningún amigo, de ningún familiar. Pero aquello no podía ser. A alguien tenía que conocer en...

Se sentó en la cama. Aquello era absurdo. ¿Cómo podía no recordar el nombre de la ciudad donde vivía? Desde luego, antes de subir al tren tendría que haber bebido un montón para olvidarse de algo así. Claro que tampoco podía recordar si la bebida le solía causar ese efecto. Como tampoco recordaba si él solía beber.

Sonrió nervioso, confiando en que su cabeza iría recordando cosas a medida que se fuera despejando. El sueño tenía que haber sido más profundo de lo normal.

Tal vez en su equipaje hubiera algo que le diera alguna pista sobre lo que hacía allí. Desde luego, no recordaba ninguna maleta, pero si aquel era su compartimento, lleva-

ría algún tipo de equipaje. Abrió el armario que había junto a la puerta, pero estaba vacío. Miró bajo la cama y tras las cortinas. No había nada.

Se palpó los bolsillos, pero lo único que encontró en ellos fue una cajita metálica de caramelos, que ocultaba una moneda plateada protegida por una cama de espuma recortada a propósito para ella. Estaba muy desgastada, aunque en una de sus caras consiguió leer una fecha: 1747. La sostuvo entre sus dedos un instante y después la devolvió a la caja, que guardó de nuevo en el bolsillo. No llevaba nada más encima, ni billete de tren ni cartera.

Fue entonces, al pensar en su cartera y su carné de identidad, cuando le sorprendió la revelación más horrible de todas.

No recordaba su nombre.

Pero eso era imposible. Ciudad, amigos, familiares... Olvidar todo eso podía ser comprensible hasta cierto punto, pero ¿cómo podría haber olvidado su propia identidad?

Reparó entonces en una puerta que había frente a la cama. Del mismo color de la pared, le había pasado por alto. La abrió y pasó al cuarto de baño del compartimento.

Se miró en el espejo, y un escalofrío recorrió su espalda cuando fue consciente de que no reconocía su propia cara.

Se acercó un poco para ver su rostro con claridad. Lo primero que le llamó la atención fueron sus ojeras, como si hubiera pasado varias noches sin dormir. Una barba de pocos días disimulaba sin éxito la palidez de su rostro.

Al girar el cuello, le pareció adivinar una pequeña marca en su pecho, una línea de un color más claro que el de su piel que nacía a apenas cinco centímetros de su cuello. Se desabrochó la camisa y comprobó que la cicatriz continuaba en línea recta hacia abajo, dividiendo su pecho por la mitad.

Mediría unos veinte centímetros, y su color claro y su tacto suave revelaban que no era en absoluto reciente. Una vieja operación de la que, por supuesto, no se acordaba.

Se abrochó de nuevo la camisa y abrió el grifo del lavabo. El sonido del agua al correr le tranquilizó. Con calma, se remangó. Al hacerlo, descubrió un tatuaje en la cara interior de su antebrazo izquierdo. Un ángel blandía una espada mientras miraba hacia el suelo. El dibujo parecía estar a la mitad. Se remangó el otro brazo y descubrió la otra parte. Juntando sus dos antebrazos, con las palmas de las manos vueltas hacia su cara, el tatuaje apareció completo. El ángel pisaba la cabeza de un hombre con barba de cuya espalda salían unas alas de murciélago. El hombre estaba encadenado, y el ángel, con su mano libre, sujetaba con fuerza la cadena. Pasó la mano derecha por la imagen de su antebrazo izquierdo. La piel de ambos brazos sobre la que se había grabado era extrañamente suave y dura al mismo tiempo, con algunos pliegues que producían la curiosa sensación de estar viendo un dibujo en relieve. El agua del lavabo seguía corriendo. Se salpicó la cara varias veces, hasta convencerse de que estaba despierto, de que ninguna parte de su ser se había quedado olvidada en el mundo de los sueños. Aquella incómoda sensación de sentirse un extraño en su propio cuerpo estaba durando demasiado. Fue al estirar el brazo para coger una toalla con la que secarse cuando se fijó en la cortina de ducha que había a su izquierda. Y antes de ser consciente de ello, su cabeza se preguntó cómo había pasado tanto tiempo en el cuarto de baño sin haber visto el cadáver.

Retrocedió hasta la pared, presa del pánico. La chica no debía de tener más de treinta años, y no cabía ninguna duda de que había sido preciosa. Su cuerpo rígido descansaba en el plato de la ducha en una postura grotesca. Sus ojos azules eran profundos e hipnóticos incluso estando apagados, y contrastaban con el tono gris de la piel,

que palidecía con cada segundo que la sangre no corría por sus venas. La misma sangre que se había escapado por una herida de bala en su pecho.

Junto a sus pies, creyó ver algo brillante. Se agachó para cogerlo. Era la pistola con la que seguramente había sido asesinada. Cuando comprendió la gravedad de la escena que tenía delante, soltó el arma, asustado, y salió a trompicones del compartimento.

Lo hizo con tal rapidez que chocó contra el ventanal del pasillo, castigado por las continuas embestidas de la lluvia. La puerta, marcada con el número diez, se cerró tras él.

Corrió hasta el espacio que separaba los dos vagones. Allí, el traqueteo del tren era más fuerte, y el viento helado se filtraba por las rendijas. Aprovechó para tomar aire e intentar despejarse. ¿Qué debía hacer? Tenía que dar la voz de alarma, avisar a alguien de lo que había encontrado.

—¿Has visto a un fantasma?

Se volvió sobresaltado. Frente a él, había una niña pequeña, con el pelo largo y rojizo, un rostro blanquecino salpicado por innumerables pecas y unos ojos enormes color miel que le atravesaban. Llevaba una pequeña mochila verde a la espalda.

—¿Por qué dices eso?

—Cuando mis padres ven en la tele *pelis* de fantasmas, esa es la cara que ponen. Pero ellos se asustan con cualquier cosa.

—Escucha..., ¿sabes dónde está el revisor?

—Aquí no hay revisor. Hay jefe de expedición. Se llama Castro, y es como el jefe de todo lo que pasa en el tren.

—Vale... ¿y puedes decirme dónde está?

—No lo veo desde hace un rato. Pregunta en el vagón cafetería. Está por ahí —dijo señalando una dirección.

Él intentó esbozar una sonrisa.

—Gracias —y avanzó en la dirección señalada.

—Me llamo Alba. ¿Cómo te llamas tú?

Él se volvió antes de entrar en el siguiente vagón. Miró a la niña a los ojos, y durante una fracción de segundo, tuvo la extraña sensación de que ya la conocía.

—¿Me creerías si te dijera que no me acuerdo?

Lejos de sorprenderse, la niña pareció relajarse, como si aquella pregunta le hiciera sentirse más cómoda.

—Claro. A mi abuelo también le pasa. Yo se lo repito todo el tiempo para que no se le olvide. Cuando lo recuerdes, dímelo, así te lo podré repetir a ti también.

—Trato hecho.

Ella le sonrió, satisfecha por el acuerdo. Al verla sonreír, él sintió cómo su corazón se tranquilizaba y el aire frío lo era un poco menos.

Cruzó el siguiente vagón con la mente fija en encontrar al jefe de expedición, Castro. A él o a cualquier persona que trabajara en el tren para informarle de lo que había encontrado.

Se detuvo nada más entrar en el vagón bar, elegante y acogedor. Vestido con madera oscura y tonos rojizos en las cortinas y los asientos, parecía un club social del Londres de finales del siglo XIX. En la barra, algunas personas esperaban a ser atendidas, mientras otras charlaban distraídamente con la vista fija en la tormenta que golpeaba con violencia los vagones del tren.

Se acercó a la barra, donde el camarero atendía a un pasajero. Pensando las palabras con las que iba a explicar el descubrimiento del cadáver, reflexionó también sobre las consecuencias de estas. Enseguida acudieron a su mente las primeras preguntas que le harían: «¿Qué hacía usted en el compartimento?», «¿Conocía a la chica?».

Por supuesto que no la conocía. De hecho, en ese mismo momento no se conocía ni a sí mismo, pero si había despertado en su compartimento era probable que viajara junto a ella o que por lo menos supiera su identidad. Podría ser su hermana, o incluso su mujer. ¿Qué pasaría si él negaba conocerla y después se descubría algo parecido?

Su hallazgo era más que sospechoso, por no hablar del hecho de que no tenía billete y de que ni siquiera recordaba su propio nombre.

Así pues, la cuestión estaba más que clara. La chica había sido asesinada y él sería considerado el principal sospechoso.

Y entonces acudió a su mente la pregunta más horrible de todas.

¿Cómo podía estar seguro de que no lo era en realidad? ¿Cómo podía saber que él no era el asesino?

No recordaba haber subido al tren, así que tampoco podría recordar si él había matado a la chica. Enseguida desechó esta idea de su cabeza. Él no era un asesino. ¿O tal vez sí? Cada segundo que pasaba generaba una nueva pregunta sin respuesta. Entre tanta confusión, solo había algo de lo que podía estar seguro: si hablaba del crimen con alguien, de un modo u otro, acabaría en la cárcel.

—¿Qué va a ser?

La pregunta le devolvió al mundo real. El camarero le miraba sonriente desde el otro lado de la barra, mientras recogía el vaso vacío de un cliente que acababa de dejar un taburete libre. Tenía el pelo rubio cortado casi al cero, y una pequeña cicatriz bajo el ojo derecho que le daba un aire siniestro a pesar de sus rasgos suaves.

—¿Una cerveza? —se atrevió a aventurar el empleado, viendo que su cliente no se decidía.

—No sé..., no creo..., me parece que me he dejado la cartera...

—En este tren no la necesita.

—¿Cómo dice?

El camarero esbozó una leve sonrisa, como si lo que estaba a punto de decir fuera una obviedad.

—Está todo incluido, caballero. ¿Cerveza?

Asintió con la cabeza y el camarero se dispuso a servirle. Él lo miró sin comprender y se sentó en el taburete. Agradeció el trago frío de la cerveza y se permitió relajar-

se durante unos segundos. Necesitaba algo de tiempo para pensar, para ordenar las preguntas en su cabeza. Pero estas se agolpaban de tal manera que lo aturdían.

–«Todo incluido»... Con lo que cuesta el billete, deberían dejarnos conducir la puñetera máquina.

Se volvió hacia el hombre que le hablaba. Su pelo blanco y su barba descuidada decían que tendría algo más de sesenta años. Pero su piel curtida y sus ojos pequeños y hundidos le añadían otros diez. Bebía una copa a pequeños sorbos.

–Es cierto que no me puedo quejar. La mitad de los que viajan en este tren son periodistas y la otra mitad son amigos de los dueños. Los únicos pasajeros de verdad debemos de ser cuatro gatos. ¿O no, Alberto?

–Creo que tiene razón –contestó el camarero, sin mirarle.

–Tal y como están hoy las cosas –dijo señalando la ventanilla con la cabeza–, haber encontrado una plaza ya es todo un milagro. Aun así, pagar veinte mil pesetas por un billete de tren es cosa de locos. Por muchos lujos que tenga este cacharro. Y eso es solo esta vez, que el viaje dura un día. No te quiero ni contar cuando hagan el recorrido completo y la gente se pase aquí dentro una semana. He oído que los billetes van a costar entonces unas trescientas mil –dio un nuevo trago a su bebida–. Ese Docampo es un hijo de perra muy listo.

–¿Docampo?

–El dueño de la línea. Llevaba cinco años dando por saco a todos los políticos del país para que le dieran las licencias y construir las vías. Aunque puede que Hortensia le eche por tierra todos los planes.

–¿Quién es Hortensia?

El hombre miró hacia los cristales, asediados por la lluvia y el viento.

–¿A ti qué te parece? El huracán, hombre. Desde ayer que llegó del Atlántico, no se habla de otra cosa. Ha cogi-

do la costa del Cantábrico y no va a parar hasta que la destroce. A ella y a nosotros.

–Solo es un poco de agua...

El hombre sonrió y estiró el brazo para tomar un periódico que descansaba sobre la barra. Lo dejó frente a ellos. En la portada, se veía una fotografía de un paseo en una ciudad costera. Varias personas intentaban caminar desafiando al viento, que volteaba sus paraguas mientras las olas rompían contra los muros de la playa y salpicaban la calzada.

Su vista se fue inconscientemente a la fecha escrita bajo el nombre del periódico. Jueves, 4 de octubre de 1984.

–Al parecer, ya no es un huracán, solo un ciclón –apuntó el camarero.

–Uno dice «un poco de agua» y el otro, «solo un ciclón»... ¿Has visto tú algún chubasco al que le den nombre propio? Cuando lo hacen, es que estas cosas son gordas de verdad –el hombre dejó escapar una risa entrecortada y negó con la cabeza–. «Un poco de agua»... A ver si cuando lleguemos a Vivero me dices lo mismo. No he visto olas más grandes que en esa zona, y eso con el tiempo en calma. Esta noche no lo quiero ni imaginar. Si no tuviera que estar en Ferrol por la noche, de buena gana iba a estar yo aquí metido –el hombre dio un nuevo trago a su bebida y le extendió la mano, presentándose–. Fernando Salgado.

Él se la estrechó en un último y desesperado esfuerzo por recordar su propio nombre. Estaba decidido a inventarse uno cuando Fernando atajó el problema.

–No me lo diga... Miguel, ¿verdad?

–¿Por qué lo dice?

–El tatuaje de su brazo... El arcángel San Miguel pisando la cabeza del diablo.

Bajó la vista y observó el tatuaje asomando por la camisa aún remangada. Miguel le pareció tan buen nombre

como cualquiera y asintió levemente con la cabeza. Fernando sonrió con un leve gesto de orgullo.

—Antes ha dicho usted algo de Vivero..., ¿el tren pasa por ahí?

—¿Se ha subido sin saberse el itinerario? Sí que andamos buenos hoy... —Se dirigió al camarero—. Alberto, ¿tienes uno de esos papeles del viaje por algún lado?

El camarero asintió y se inclinó bajo el mostrador, de donde sacó un folleto que extendió sobre la barra.

El tren en el que viajaba se llamaba Tren del Norte, y unía las ciudades de Bilbao y Ferrol.

—¿Hace mucho que hemos salido? —preguntó Miguel.

Fernando enarcó las cejas y él se sintió en la obligación de justificarse.

—Creo que me he quedado dormido.

—Hemos salido hace menos de una hora. En unos tres cuartos nos pondremos en Santander —contestó Alberto.

Por lo que Miguel podía leer en el folleto, el Tren del Norte era una experiencia pionera en España. Habían reconstruido unos viejos vagones de los años veinte y los habían adaptado a un trazado de vía estrecha con el fin de convertirlo en la mayor atracción turística del norte del país.

—El Orient Express y el Transiberiano... —continuó Fernando, con la mirada perdida—. Esos sí que son trenes hechos para aguantar lo que sea. Claro que yo los cogía en la época en la que ni había comodidades ni había nada. Llegar a Rusia era toda una odisea, y atravesarla, ni te cuento. Pero a los de la División tampoco nos habían llevado allí de turismo, eso ya te lo digo yo.

Miguel intentó no sonar demasiado descortés.

—Si me perdonan..., creo que seguiré dando un paseo por el tren. Tengo las piernas un poco entumecidas.

—Por aquí nos veremos —se despidió Fernando.

Y siguió recordando con el camarero aquellos tiempos lejanos.

Miguel se levantó de su asiento y echó a andar. Cuando lo hizo, descubrió que ya había tomado una decisión sobre lo que hacer, casi sin darse cuenta.

Cuarenta y cinco minutos. Ese era el tiempo que tenía que aguantar en el tren sin llamar la atención. Después se bajaría y sin que nadie lo viera echaría a correr, lejos del tren, del cadáver y de las sospechas. ¿Pero qué pasaría luego? ¿Qué ocurriría con la chica? En realidad, no era su problema.

«Cuarenta y cinco minutos...», pensó. «No parece muy difícil».



||

–Han sido cinco largos años –anunció Docampo sin soltar su copa de champán–. En este tiempo he tenido ganas de suicidarme más de una vez –algunas risas se dejaron oír entre su auditorio–, pero entonces pensaba: «¿Por qué matarme yo, pudiendo matar a mi socio?».

Las risas aumentaron de intensidad, y las miradas se clavaron en Víctor Méndez, que estaba recostado en una cómoda butaca, saboreando un cigarro mientras sus labios dibujaban una sonrisa.

Bouzas lo observaba todo atentamente desde una esquina del vagón Oriente, un amplio salón sobre ruedas que disponía de las mismas comodidades que el más prestigioso club social: minibar, biblioteca, hemeroteca, cómodos sillones e incluso una pantalla de proyecciones sobre la que en ese momento se proyectaba un gráfico del trazado del tren. Todo en apenas treinta metros cuadrados.

Ismael Docampo llevaba más de quince minutos sin parar de hablar. Su audiencia, compuesta por empresarios, políticos y periodistas, asistía encantada al discurso de inauguración de la nueva línea.

–Por suerte, no pasó ninguna de las dos cosas –continuó Docampo–. Y eso que Víctor y yo tuvimos más de una